

Manos Unidas cumple 65 años y no se puede jubilar

M^a Carmen Ferrer y
M^a Teresa Martínez

LAS personas voluntarias que trabajamos en la Delegación de Manos Unidas de Pamplona, la ONGD que lucha contra el hambre en el mundo, afrontamos este nuevo curso con energías renovadas. A partir de este momento, además de continuar con los proyectos de Desarrollo ya en marcha y con el día a día de la Delegación, nos ponemos a trabajar para que, en la que será nuestra 65 Campaña anual, logremos la mayor recaudación posible que redunde en beneficio de los más desfavorecidos del planeta.

Lejos queda ya en el tiempo ese año 1959 en el que unas intrépidas mujeres declararon la guerra al hambre y pusieron en marcha en nuestro país lo que hoy es Manos Unidas, que el año pasado, 2023, recaudó casi 47,5 millones de euros, de los que el 90,8 %, provinieron del sector privado (socios y colaboradores, parroquias, colegios, empresas) y, el resto, -9,2 %- del sector público (AECID, Adminis-

tración Local y Autonómica y Unión Europea).

A lo largo de todos estos años Manos Unidas, con su cercanía, rigor y transparencia, ha generado en nuestra sociedad confianza porque, además de ser la ONGD de la Iglesia Católica, ha demostrado que el dinero que a ella se entrega llega a su destino final. Así, en 2023, la práctica totalidad de lo recaudado se dedicó a los fines para los que nació: proyectos de Desarrollo y Sensibilización de la población española. Y con ese dinero, se aprobaron 550 nuevos proyectos, con una inversión de 40.734.648 euros, y se siguió trabajando en 338 proyectos más en 51 países de África, América y Asia, en sectores tales como Alimentación y medios de vida, Educación, Salud, Agua y saneamiento, Derechos de la mujer y equidad, Derechos humanos y sociedad civil y Medio ambiente y cambio climático, sin olvidarse de los proyectos de emergencia y de ayuda humanitaria. Fue así como se hizo posible que, de una u otra manera, se cambiara la vida de 1.222.835 personas de nuestro

planeta, de las que el 59% fueron mujeres. Estas cifras son las de ese año 2023, por lo que a lo largo de toda su historia Manos Unidas ha contribuido a mejorar las vidas de muchos millones de personas, a través de más de 33.000 proyectos, que fueron

ejecutados por más de 8.000 socios locales, en 95 países.

Hoy, 65 años después de haber echado a andar, como en el mundo sigue habiendo muchas desigualdades y muchos millones de personas siguen pasando hambre, Manos Unidas no se puede jubilar y tiene que seguir trabajando para resolver las causas estructurales de la pobreza, promover el desarrollo integral de los pobres y luchar por un mundo más justo. Y, para ello, sigue necesitando de la ayuda y colaboración de las navarras y navarros que, año tras año, han dado pruebas de su gran generosidad. Porque, en 2023, en Navarra recaudamos 2.235.000 euros de los que, gracias al trabajo voluntario y gratuito de las 20 mujeres y 6 hombres que aquí colaboramos, se logró minimizar los gastos, que tan sólo fueron el 2,1% de lo recaudado (para alquiler de la Delegación, agua, luz, material oficina, gastos de la Campaña, etc.), por lo que el 97,9% restante fue destinado a paliar las hambrunas de todo tipo que existen en el mundo.

En este momento, la petición

“
En 2023, la práctica totalidad de lo recaudado se dedicó a los fines para los que nació: proyectos de Desarrollo y Sensibilización de la población española

que Jesucristo hizo a sus discípulos: “¡Dadles vosotros de comer!” (Mc. 6, 37), sigue estando muy actual. Por eso, es preciso que no sólo nos limitemos a realizar una aportación en la Campaña anual contra el Hambre de cada mes de febrero y que adquiramos un compromiso mayor. Y, a través de estas líneas, os invitamos a trabajar como personas voluntarias, dedicando parte de vuestro tiempo a Manos Unidas; o que os unáis a los más de 75.000 socios que ya tiene en toda España, realizando aportaciones mensuales o anuales; o que colaboréis mediante transferencia bancaria a alguna de nuestras cuentas, o enviando un SMS con la palabra MANOSUNIDAS o un BIZUM o, también, por qué no, a que dispongáis en vuestro testamento para que después de vuestra muerte, una parte o toda vuestra herencia, o un legado, vaya a Manos Unidas. En nuestra página web <https://colabora.manosunidas.org> en nuestra delegación, situada en el edificio del Seminario estaremos encantados de informaros.

Sabéis que vuestro dinero será bien administrado y que con él se podrá cambiar la vida de muchas de las personas más necesitadas de nuestro planeta porque, como decía Teresa de Calcuta: “A veces sentimos que lo que hacemos es tan solo una gota en el mar, pero el mar sería menos si le faltara esa gota”.

M^a. Carmen Ferrer y M^a. Teresa Martínez. Voluntarias de Manos Unidas Pamplona

Somos libres. O no

TODOS tenemos un amigo que se lo monta mal y que no es feliz. Que no cumple en el trabajo, que dice cosas inapropiadas, que bebe o come en exceso. Y pensamos: si fuera él o ella, yo jamás...

¿De verdad si fuéramos ellos seríamos distintos? Imaginemos algo imposible: que fuéramos exactamente iguales, que tuviéramos cada una de sus neuronas, cada molécula, que hubiéramos vivido segundo a segundo su misma vida... ¿actuaríamos de otra manera? Quizá no.

Entonces, ¿no somos libres? ¿Es libre de comer o no el bulímico obeso, de no distraerse el alumno TDH, es libre el depresivo, el adicto a la heroína, el ludópata? Bueno, decimos, es que tienen un trastorno. Son sus genes, es la sociedad... En tal caso, ¿no son libres en absoluto, no deciden nada, no son responsables?

Solemos disculparlos, somos comprensivos aunque no lo somos tanto con el psicópata o con el maltratador. ¿Pero acaso su conducta no es también consecuencia de su biología o de su experiencia vital? ¿O en este caso son responsables y deciden libremente hacer el mal? ¿Cómo actuaríamos cualquiera con sus hormonas, con su cerebro, con sus vivencias replicadas hasta el ínfimo detalle?

De esto habla el neurocientífico Robert Sapolsky en *Decidido*. Spoiler: según

Sapolsky creemos elegir, pero no lo hacemos realmente. Y no sólo les pasa a los adictos o a los sociópatas sino a todos. Afirma sin embargo que su postura está en exigua minoría, que casi todos los filósofos o gente de a pie defienden el libre albedrío y que es el supuesto de nuestro orden social y penal.

Cuanto más avanzan la Psicología o la Biología más vemos lo condicionados que estamos. Un estudio con 1.000 jueces en Estados Unidos probó que después de desayunar concedían muchas más libertades provisionales a presos que a última hora de la mañana, antes de comer. Sin embargo, los jueces estaban totalmente convencidos que sus decisiones eran libres y que nada tenían que ver con tener la glucosa por los suelos.

En 1848, Phineas Gage dirigía en Vermont la construcción del ferrocarril cuando una explosión fatal hizo que una barra de hierro le penetrara por debajo del ojo y saliera por la cabeza. Pareció un milagro: nunca perdió la consciencia y al tiempo sanó. Sin embargo, según sus compañeros, “dejó de ser él”: un trabajador responsable y empático se convirtió

en un vago marginal, ajeno a las normas y a los sentimientos de los demás. Pacientes con tumores o accidentes en la misma zona, la corteza orbitofrontal, presentan conductas similares.

En el embarazo, un torrente hormonal, estrógenos y progesterona, altera según *Nature* el cerebro de la madre: disminuye la sustancia gris y prepara la conducta de apego. ¿Entonces la bajada de glucosa, la progesterona o un córtex averiado determinan nuestro libre albedrío? Me dirá usted que no era necesaria la ciencia y que todos sabemos lo que dan de sí unos gin-tonics. O una infancia de abandono, o una madre alcohólica, o ir a una guerra.

Es como si el libre albedrío estuviera cada vez más arrinconado por las ciencias pero resistiera. La opinión mayoritaria es que hay condicionamiento biológico y social pero que luego el “Yo” tiene su espacio de libertad para decidir.

Hay un problema, dice Sapolsky: no existe un “Yo” libre al margen del condicionamiento, porque ¿dónde estaría? ¿fuera del cerebro? ¿sería un espíritu puro ajeno al cuerpo? Este supuesto Yo recuerda poderosamente a lo que venía a ser el alma, algo no material. Ajá, me dirán mis interlocutores religiosos, ya lo decíamos nosotros, si no hay alma el libre albedrío se cae. Y creo que tienen razón. No porque haya alma sino porque quizá

no haya libre albedrío. La postura religiosa es coherente aunque lo del alma tiene problemas parecidos a los del Yo: ¿por qué a algo espiritual le afectan los accidentes orbito-frontales o el despreciable Kalimotxo? La postura de Sapolsky también es coherente: no hay Yo libre, estamos totalmente determinados aunque no lo percibamos así. Pero lo que es totalmente incoherente son los filósofos o legos que rechazan rotundamente el alma o cualquier espíritu (en mi entorno son legión), que dicen que el humano es solo cuerpo, pero que postulan un Yo, aunque reducido, virginal y no condicionado.

Confieso que aunque Sapolsky es muy convincente sigo sin tener una opinión final sobre si es posible tener algún grado de libertad. También yo soy incoherente. En estos momentos juzgan en Francia al angelito que durante diez años sedó a su mujer para ver cómo la violaban decenas de hombres. Su defensa argumenta que de niño sufrió abusos. Risas. Sapolsky diría que ha de ir a la cárcel para que no cause más daño, pero que no tiene sentido odiarlo (cualquiera con el mismo cerebro y vivencias, etc.) y que la justicia no debe ser venganza o retribución. Me resulta difícil evitar el deseo de que sufra y de admitir que no tuvo margen. En fin, lean *Decidido*.

José Luis Sesma Sánchez. Profesor de Filosofía